

## El Agujero

El Ford Transit de caja abierta se meneaba por la carretera de la sierra de San Miguel. Los faros se esforzaban por iluminar la dimensión de la oscuridad que nos rodeaba. El paisaje hasta donde llega la vista se había reducido a tres metros más allá del parachoques. Poco más. Parecía que alguien había apagado todos los olivares y mieses. Alrededor, todo lo que nos era familiar, la distancia reconocible a los ojos, se había escondido detrás de una espesa negrura.

¿Me lo cuentas otra vez?

Me preguntó Tóino mientras encendía un pitillo y bajaba el vidrio de la ventanilla.

A ver. Ya te lo he contado. ¿O no?

Sí.

Entonces. ¿Qué quieres?

¿Pero es un agujero?

Sí.

Un agujero del estilo agujero.

Sí.

Pero ¿cómo?

Entonces. Un agujero. Pero no un agujero de esos. Sabes. Uno de esos. Que se encuentran por ahí a patadas. Con la boca abierta de par en par a las espinillas, que si tropiezas y caes dentro apaga y vámonos.

¿Pero es un pozo?

Pero qué pozo ni qué pozo, Tóino. Será tonto. No has oído lo que he dicho. Es un agujero.

¿Pero un pozo no es un agujero?

Sí. Pero se hace con la mano del hombre porque ahí abajo hay agua y el hombre es un bicho muerto de sed. Igual que las tumbas del cementerio. Son agujeros hechos por nosotros para esconder a los que ya no cuentan. Este. Es otra cosa. Es otro tema. Es cosa de la naturaleza.

Aparece espontáneamente. Porque la tierra así lo ha querido.

Pero está oscuro.

¿Y qué?

Es de noche, Samuel.

¿Y qué?

No se ve tres en un burro. ¿Cómo vas a encontrarlo?

Encontrándolo. He traído linternas.

¿Has hecho un mapa?

No hace falta. Está todo aquí.

¿Dónde?

En mi cabeza. Además, si falla la memoria, silba.

¿El agujero?

Una copla que no has escuchado nunca.

¿Pero es una cosa medio paranormal?

Y le dio un capirotazo a la colilla al mismo tiempo que cerraba la luna.

Esa era mi esperanza. Que fuera paranormal, en plan místico, un milagro moderno, o algo así. Por eso iba a encontrarlo con facilidad —el lugar que podría cambiar el curso que tomó la vida, y la vida allí en la tierra, que después de todo, las cosas iban en paralelo y de la mano

hacia lo que llamamos el futuro cuando se mira hacia adelante con expectativas.

Yo no sabía muy bien qué hacer con mi vida hasta que di con eso.

Trabajaba de ocho a diez horas en el matadero y al final del día jugaba al fútbolín mientras me tomaba tercios en el bar central hasta que escuchaba la llamada del cansancio. Me iba a casa y volvía a empezar el otro día. De cariño, mejor ni hablar. Un aburrimiento, un desierto, un vacío. Las cosas son lo que son. Y los lamentos son entretenimiento para la gente infeliz. Pero ahora, estaba seguro, las cosas cambiarían.

Esparcidas por la sierra de San Miguel seguro que había cientos de zanjas, surcos, pozos, grietas, alcantarillas, depresiones, pero el agujero agujero, el que abre un claro en la vida y la boca de asombro, y con el que se había encontrado, esto solo estaba disponible para quienes eran capaces de estar atentos. Solo es capaz de esto el que es capaz de prestar atención, me lo había dicho mi padrino João, una tarde, mientras vareaba aceitunas. Y yo fui capaz. Y ahora me sentía más que atento. Tenía hechas las maletas para asesinar de lleno una vida.

¿Aquí está?

Por aquí cerca.

Respondí mientras giraba el foco de la linterna supuestamente hacia el punto más alto, donde estaban la Capilla de Nuestra Señora del Carmen y la Plaza de Toros.

¿Y qué hacemos si es verdad?

Preguntó Tóino mientras cerraba la puerta de la furgoneta.

A ver.

No. No es eso. Lo estás entendiendo mal. ¿Qué vamos a hacer después?

Montar el campamento. Montar un negocio. Yo qué sé. Extiende una alfombra roja.

Levantar carruseles, freír churros, hacer un parque de atracciones. Una cosa te aseguro.

Vendrán de todas partes del mundo. En chusmas. A montones.

¿A qué?

Vendrán como moscas. En excursiones. Golosos, curiosos, ansioso, creyentes y maldicientes y almas en pena. Y pagarán lo que haga falta para ver este agujero.

Joder.

Ya te digo, Tóino.

Hasta me emociono.

Para que veas. Ahora coge esta linterna y ven detrás de mí.

Ese mismo lugar donde hacía tres noches me librado, a hurtadillas, de unas cuantas carcasas que el jefe me había dicho que cogiera del matadero, sería nuestro billete de ida. Sabía que Tóino –mi compañero de matanzas– no se había creído ni una palabra de lo que le había contado en el bar. Que desde la confesión traía esos ojos de médico que finge seguir con atención la historia del paciente. Y la historia no importa cuando ya se ha hecho el diagnóstico.

Después de un buen centenar de metros dimos con el vacío que lo era todo. Para mi gran alegría. Para asombro de Tóino. Que, medio asombrado, medio atontado, medio lelo, medio paleta, miraba al agujero, para después mirarme a mí. O me miraba a mí, para después mirar al agujero. Sin decir nada. Sin decir una palabra. Con esa expresión

caída, marchita de a quienes les ha sorprendido su propia sorpresa. De quien se ha dado cuenta de que los pies que todo lo sostienen y que existían un segundo antes, habían desaparecido. Sucedió precisamente así cuando tiré las carcasas que había traído en forma velada del matadero y el abismo sin dientes, sin olor, sin saliva, sólo garganta, lo sorbió. Como si fueran migajas. Con un notable poder de succión. Una boca de aspiradora. Me quedé esperando el sonido de la caída natural, previsible, esperando el ruido de las cosas que hacen ruido al caer, que después de la caída producen sonido al golpear el fondo, el suelo, una superficie cualquiera, para asegurarnos de que está hecho, de que nos hemos librado del peso, de la carga, que es lo que pasa, que es lo que uno espera que ocurra cuando tira algo a un agujero. Pero no hubo rebote. Solo un silencio hueco. Un vacío en caída. Y, después, una nada absoluta.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba ante algo muy grande. Mucho mayor que yo. Mucho mayor que todo esto. Y que mi padrino João no era ningún mentiroso.

¿Ahora ya me crees, Tóino?

Joder.

¿De verdad?

De verdad.

Es increíble, ¿no?

Nunca había visto nada así. Quiero decir. Es un agujero. Pero no se parece nada a...

Para que veas.

Ya.

Solo es capaz de esto el que es capaz de atención.

¿Eh?

Nada. Prueba a tirar algo dentro, Tóino.

¿A tirar?

Sí. Quítate esa cara de tonto y apaga el cigarrillo. Ahora que lo has visto, está visto. Lo que tienes es que probarlo.

¿El agujero?

Sí.

¿Pero qué tiro?

Una cosa. Cualquier cosa.

¿La colilla?

La colilla, no. No hace ruido. Una piedra. Pero no una pequeña. Una grande que haga un montón de estragos y alboroto. Baja la linterna, que te ayudo.

Y lo que pasó después es exactamente lo que os voy a contar. El encuentro de un hombre común con un acontecimiento. Un choque entre el reino mineral, vegetal, animal y después el otro –que nadie sabe cuál es–. En cuanto posamos las linternas y avanzamos hacia el pedrusco que había agarrado, me vino un mareo de no sé dónde. Me vino un escalofrío de dentro, un cierzo que me subió por la espina. Todo se puso blanco. Pensé inmediatamente en un desmayo. Y me fallaron las piernas. Bajé la cabeza. Me llevé las manos a la frente y me tambaleé. Sin fuerza en los brazos, hice algunos intentos de coger una de las linternas y llamé a Tóino. Para que me ayudara. No me encontraba nada bien. Volví a llamar a Tóino –ayúdame Tóino que no puedo– ya gateando, palpando el suelo. Ayúdame... pero ya no estaba Tóino. No había piedra. No había linternas. Solo el agujero agujero. Y la oscuridad alrededor.

De chiquillo, mi padrino João —un borracho, un alborotador, un sabueso de faldas— solía regar las veladas familiares alrededor de la chimenea con mucho aguardiente e historias a tutiplén. De todas esas, había una que me erizaba la piel de la pilila. Que en medio de la sierra había algo que venía desde por ahí lejos. Algo que asustaba, profundo, hueco. Que venía desde el inicio de los tiempos. Que venía desde antes de la desaparición de los dinosaurios. Contaba que —sin nombrar el agujero— no tenía fondo. No tenía fin. Tal vez ni siquiera principio. Que existía para que nos libráramos de cosas que acabadas, finitas, de cosas sin valor, cuando no sabes muy bien qué hacer o cómo deshacerte de ellas. Que ya había tirado una trilladora mecánica, un viejo armario, una mesa de fútbolín. Y que todo desaparecía, en un pestañeo, sin dejar osamentas. Todos los que lo escuchaban en estas frecuentes veladas, se burlaban de mi padrino João. Bulos, patrañas, cuentos. A lo que respondía con otro aguardiente mientras se encogía de hombros. Un día, el padrino João decidió cambiar de aires, oler otros vientos, mirar otros paisajes, perseguir otras faldas. Y se fue a África para no volver. Pero lo que nos hace estremecernos en la infancia nunca nos abandona.

Me arañé la garganta con gritos llenos del nombre de Tóino sin obtener respuesta. Corrí buscando ayuda. La vida está hecha de elecciones. Yo elijo. Tú eliges. Todos huyen. Corrí hacia delante, adentrándome en la oscuridad. En el ombligo de la noche. En una noche sin luna en pleno Alentejo no hay más referencias que seguir que las del instinto. Sabía que si corriera en esa dirección, como fuera, llegaría al principio de la carretera y encontraría el Ford Transit.

Me tropecé un par de veces. Me escarbé las rodillas. Pero al final di con el alquitrán. El piso indicativo de la civilización. Miré en la supuesta dirección del agujero y llamé una última vez a Tóino. Nada. Por allí estaría la furgoneta. Estaba a salvo. Me acordaba. En ese arcén. Estaba casi seguro. Me había parado allí. Junto a ese mojón. Casi seguro. Qué va. Giré la cabeza hacia la cima de la sierra y me apreté los ojos en busca de los contornos de la Plaza de los Toros o la Capilla. ¿Qué contornos? Unos cuantos alcornoques y el viento. Y el vacío de la desesperación jugando con la angustia. Y el revés de todo lo que tenía que haber salido bien.

Empecé a caminar por el borde de la carretera de la sierra, de la carretera sin nombre, rumbo al pueblo. El sufrimiento siempre surge donde antes hubo un plan. Y con el plan hecho añicos, no sabía qué hacer. Pensaba en todo lo que había pasado y en Noé saliendo del Arca. En José saliendo del pozo. En Daniel saliendo de su tumba. En Jonás saliendo de la ballena. Hasta en Lázaro saltando de su sepultura. No habría mundo sin ellos. Sin ellos la tierra no habría seguido girando. No de esta forma. Si ellos lo consiguieron, ¿por qué no encontraría Tóino una forma de salir del agujero? Era eso. La esperanza a la que me aferraba estaba formada por historias ilustradas de la Biblia.

Es la esperanza lo que nos entristece.

Llegué al pueblo atolondrado.

Catatónico de impotencia, bordeé el cementerio y bajé hacia la vía del tren. Me detuve en medio del camino. Las manos en los bolsillos. Admirando la luz de las farolas que caía sobre las paredes encaladas. En la calle desierta que subía hacia la Iglesia de Orada. Toda la distancia reconocible a los ojos se hacía más transparente. Y detrás de ese encaje opaco también desaparecían los sonidos propios de la noche. Poco a poco, el

pueblo se disolvía y me dejaba llevar por él, sin fuerzas suficientes para negarme a lo que ocurría ante mis ojos.

No podía explicar lo que estaba pasando. Un hombre solo puede actuar porque ignora. Porque no lo sabe todo. Porque solo tiene acceso a un lado del conocimiento. Y debe contentarse con eso.

En una cosa tenía razón. Mi encuentro con el agujero había cambiado el curso que llevaba la vida, y la vida del pueblo, que al fin y al cabo iba en paralelo y tomándose de la mano hacia lo que llamamos desaparición cuando uno mira hacia adelante con lucidez.

Como mi padrino João no volvió de África, quizás fui yo quien sobrevivió para contar la historia. Esta.

La realidad es un cementerio de ilusiones.

Contar una historia es una tarea infinita.

Sandro William Junqueira